

caza de noche por temer de día al enemigo, y al volver de la caza entraron con él algunos soldados que mataron á los guardias y entregaron la puerta á los cartagineses.

Un medio de engañar á los sitiados es el de retirarse, cuando hacen salidas de la plaza, á fin de alejarlos de ella. Muchos generales, entre ellos Anníbal, hasta les han dejado ocupar el campamento para poder cortarles la retirada y tomar la población. También se les engaña fingiendo levantar el sitio, como hizo el ateniense Phormión, quien, después de arrasar la comarca de Chalceis, recibió embajadores de esta plaza, les dió las mayores seguridades, les hizo toda clase de promesas, y, aprovechando su ciega confianza, se hizo dueño de la población.

Deben los sitiados vigilar cuidadosamente á los sospechosos que vivan entre ellos, pero muchas veces se les atrae mejor con beneficios que con castigos. Supo Marcelo que Lucio Brancio, de Nola, se inclinaba á favorecer á Anníbal, y le trató tan bondadosa y generosamente que, de enemigo, lo convirtió en el mejor amigo de los romanos.

Más cuidadosos deben ser los sitiados con las guardias cuando el enemigo está distante que cuando está próximo; como también deben custodiar mejor los sitios por donde crean más difícil el ataque, porque se han perdido muchas plazas á causa de asaltarlas el enemigo por los puntos donde menos lo esperaban. Este error nace de dos causas: ó de ser el sitio fuerte y creerlo inaccesible, ó porque el enemigo finge atacar por un punto con grande estrépito y da por otro silenciosamente el verdadero asalto. Cuiden, pues, con grande atención los sitiados de evitar ambos peligros y á todas horas, especialmente de noche, tener vigilantes guardias en las murallas, no sólo de hombres, sino tam-

bién de perros fieros y ágiles para que de lejos olfateen al enemigo y con sus ladridos lo descubran. No sólo los perros, sino los gansos han salvado una ciudad, como ocurrió en Roma cuando los galos sitiaban el Capitolio. Durante el sitio de Atenas por los espartanos, para ver Alcibiades si vigilaban los centinelas, ordenó, bajo penas severas, que cada vez que levantara una luz durante la noche, elevaran otra cada uno de ellos. El ateniense Iphicrates mató á un centinela que dormía, diciéndole que le dejaba como lo había encontrado.

Los sitiados se valen de diferentes medios para enviar avisos á sus partidarios. No mandándolos verbalmente, los escriben en cifra y los esconden de diferentes modos. Las cifras están convenidas entre los que se corresponden con ellas y la manera de ocultarlas varía según hemos dicho. Unos han guardado las cartas en la vaina de la espada, otros dentro de un pan crudo y cocido después, dándose al portador como comida para el viaje. Algunos las meten en los sitios más recónditos del cuerpo humano; otros en el collar de un perro que acompañe al mensajero; otros han escrito en una carta cosas insignificantes, y después, entre líneas, con un líquido especial que, mojado ó calentado el papel, aparecen las letras. Esta es una invención astutamente empleada en nuestros tiempos. Queriendo algunos comunicar secretos á sus amigos convecinos, y, no fiándose de nadie, hacían poner en las puertas de las iglesias cédulas de comunión escritas en la forma ordinaria é interlineadas, como antes he dicho. Conocíanlas por una contraseña los que debían enterarse, las quitaban y las leían. Este medio es el más seguro y de menos peligro, porque ni el encargado de poner el escrito en las iglesias sabe lo que lleva.

Son numerosos los recursos de esta índole que cada cual puede inventar y practicar. Por lo demás, es mucho

más fácil escribir desde fuera á los sitiados, que éstos á sus partidarios, pues sólo pueden enviar sus cartas con alguno que se finja fugitivo de la plaza, medio de dudosa eficacia y no exento de peligro, si el enemigo es cauteloso y vigilante. Los que escriben desde fuera pueden, al contrario, conseguir con diferentes pretextos que el mensajero entre en el campo de los sitiadores, y desde allí tendrá más de una ocasión favorable para penetrar en la plaza.

Hablemos ahora del actual sistema de ataque de las plazas fuertes. Si sois atacados en una que no tenga fosos interiores, como antes expliqué, para impedir que el enemigo entre por la brecha que la artillería abra en la muralla (porque es inevitable la rotura del muro con los proyectiles), se necesita, mientras la artillería bate la muralla, abrir un foso por detrás de la parte batida, foso que tendrá, por lo menos, treinta brazos de ancho, y la tierra que de él se saque ponerla entre el foso y la población formando parapeto, que sirve para que el foso resulte más profundo. Es preciso empezar este trabajo con tiempo oportuno para que, al caer la parte de muralla batida, tenga el foso por lo menos cinco ó seis brazos de profundidad, é importa, mientras se ahonda, cerrarlo por cada lado con una casamata. Si la muralla es bastante resistente para dar tiempo á hacer el foso, resulta más fuerte la plaza por la parte de la brecha que por las demás, porque el reparo tiene la forma que he recomendado al hablar del foso interior.

Pero si la muralla es débil y no da tiempo á hacer el foso, es indispensable demostrar el mayor valor, oponiéndose con todas las fuerzas disponibles al asalto por la brecha. Esta manera de atrincherarse detrás de las murallas la practicaron los pisanos cuando sitiasteis su ciudad, porque la resistencia de las murallas les daban tiempo para construir los atrincheramientos y la

dureza del terreno facilitaba su construcción. Sin estas dos ventajas, estaban perdidos. Será, pues, una precaución utilísima hacer los fosos por el interior de los muros y en toda su extensión, como recomendamos anteriormente, porque en este caso se espera al enemigo descansado y con plena seguridad.

Tomábanse en la antigüedad muchas fortalezas por medio de minas, de dos modos: ó haciendo secretamente una excavación hasta el interior de la ciudad y entrando por ella, que es como los romanos se apoderaron de Veio, ó minando las murallas para derribarlas. Este último procedimiento es el preferible, y ocasiona que las ciudades puestas en las alturas sean débiles por la facilidad de minarlas. Poniendo en las minas pólvora, la explosión no sólo arruina una parte de la muralla, sino agrieta la montaña y derrumba las fortificaciones por varios puntos. Para impedir esto se construyen las fortalezas en el llano, y los fosos que las rodean se profundizan hasta que el enemigo no pueda pasar con las minas por debajo de ellos sin encontrar agua. Este es el mejor obstáculo á las minas.

Si la plaza defendida está en una altura, el remedio á las minas es hacer dentro de ella pozos profundos, con los cuales se inutilizan. También son útiles las contraminas cuando se conoce precisamente el sitio de la mina. Este recurso es excelente, pero difícil de descubrir el punto por donde va la mina si el enemigo es cauto al hacerla.

Procurarán, sobre todo, los sitiados no dejarse sorprender durante el descanso, como después de un asalto ó al terminar las guardias, es decir, al amanecer y al anochecer, y especialmente á la hora de comer, porque en estos momentos han sido asaltadas muchas plazas, y también los sitiados han destruido no pocos ejércitos sitiadores. Preciso, es, pues, que unos y otros estén

constantemente en guardia y tengan sobre las armas una parte de sus tropas.

Debo advertir que lo que dificulta la defensa de una plaza fuerte ó de un campamento es la necesidad de tener desunidas las fuerzas de los defensores, porque pudiendo el enemigo escoger á su gusto el punto de ataque, preciso es que todos estén custodiados, y, mientras aquél ataca con toda su fuerza, el defensor le resiste con parte de la suya. Además, el sitiado puede ser completamente vencido, mientras el sitiador sólo es rechazado, por lo cual muchas veces los sitiados en una plaza ó en un campamento han preferido, aun siendo inferiores en fuerzas, salir á campo raso y combatir y vencer al enemigo. Esto hizo Marcelo en Nola y César en las Galias. Al ver sus campamentos sitiados por gran número de galos y comprender la imposibilidad de defenderlos (por necesitar subdividir sus fuerzas para atender á todos los puntos de ataque y no poder emplearlas unidas en una impetuosa agresión), abrieron uno de los lados, sacaron por él todas sus tropas y acometieron tan valerosamente á los sitiadores, que los rechazaron y vencieron.

La constancia en los sitiados infunde también muchas veces desesperación y temor entre los sitiadores. Cuando Pompeyo estaba frente á César en Tesalia, las tropas de éste sufrían hambre, y alguno llevó á Pompeyo un pan de los que les servían de alimento, quien, al verlo hecho de hierba, ordenó que no se enseñara á sus soldados, para que no les asustara la idea de la clase de enemigos con quienes habían de combatir. Lo que más honró á los romanos en la guerra contra Anníbal fué su constancia, pues ni aun en los momentos de serles más contraria la fortuna pidieron la paz ni dieron indicio alguno de temor. En prueba de ello, cuando estaba Anníbal en las inmediaciones de Roma, se ven-

dían las tierras donde había situado su campamento en más precio del que valían en las épocas ordinarias. Tanta fué su obstinación, que, sitiando á Capua, mientras Anníbal sitiaba á Roma, no quisieron levantar el asedio de aquella plaza para defender su ciudad.

Os he hablado de muchas cosas que seguramente conocíais por vuestros propios estudios; lo he hecho, como ya os lo anuncié, para demostrar mejor con ellas las condiciones de las reformas en el arte militar y para que utilicen estas observaciones quienes no tengan los medios de instrucción que vosotros. Réstame sólo dar algunas reglas generales que nunca deben olvidarse. Son las siguientes:

Cuanto aprovecha al enemigo os perjudica, y viceversa.

El que atienda más en la guerra á vigilar los intentos del enemigo y sea más constante en amaestrar su ejército, incurrirá en menos peligros, y con mejor fundamento esperará la victoria.

No llevéis jamás vuestras tropas al combate sino después de averiguar sus disposiciones y comprender que van sin miedo y bien organizadas. No las comprometáis en una acción sino cuando tengan la esperanza de vencer.

Vale más vencer al enemigo por hambre que con las armas: el éxito de éstas depende más de la fortuna que del valor.

Las mejores resoluciones son las que permanecen ocultas al enemigo hasta el momento de ejecutarlas.

Lo más útil en la guerra es conocer las ocasiones y saberlas aprovechar.

La naturaleza hace menos hombres valientes que la educación y el ejercicio.

Vale más en la guerra la disciplina que la impetuosidad.

Los que se pasan del campo contrario al vuestro, si permanecen fieles, son una gran conquista, porque la fuerza del enemigo disminuye más por la pérdida de los que huyen que por la de los que mueren, aunque el nombre de tráfuga sea sospechoso entre quienes le reciben y odioso para los que deja.

Cuando se ordena un ejército en batalla, vale más tener detrás de la primera línea bastantes reservas, que desparramar las tropas por aumentar el frente de combate.

Difícilmente es vencido quien sabe conocer su fuerza y la del enemigo.

Respecto á los soldados, vale más el valor que el número, y á veces aprovecha más la posición favorable que el valor.

Las cosas nuevas y repentinas asustan á los ejércitos: las ordinarias y lentas se estiman poco. Cuando el enemigo es nuevo conviene que vuestras tropas le conozcan por medio de algunas escaramuzas antes de empeñar una batalla decisiva.

El que persiga desordenadamente al enemigo, después de derrotado, es porque quiere convertirse de victorioso en vencido.

Quien no prepare las provisiones necesarias de víveres, será vencido sin pelear.

Es preciso escoger el campo de batalla según se tenga más confianza en la caballería que en la infantería, ó viceversa.

Cuando quieras saber si ha penetrado algún espía en el campamento, ordena entrar á todos en sus tiendas.

Cambia tus disposiciones cuando adviertas que el enemigo las ha previsto.

Aconséjate de muchos respecto á lo que debes hacer, y de pocos en lo que quieras hacer.

El orden en los ejércitos se mantiene durante la paz

con el temor y el castigo, y en la guerra con la esperanza y los premios.

Los buenos generales sólo dan batallas cuando la necesidad les obliga ó la ocasión les llama.

Procurad que el enemigo no sepa vuestro orden de batalla, y cualquiera que éste sea, haced que la primera línea pueda refugiarse en la segunda y ésta en la tercera.

Durante la lucha, no ordenéis á un batallón otra cosa que aquello á que está destinado, porque esto produce incertidumbre y desorden.

Los accidentes imprevistos se remedian con dificultad, los previstos fácilmente.

Los hombres, las armas, el dinero y el pan, son el nervio de la guerra; pero de estos cuatro elementos, los más necesarios son los dos primeros, porque los hombres y las armas encuentran el dinero y el pan; pero el pan y el dinero no encuentran armas y soldados.

El rico desarmado es la recompensa del soldado pobre.

Acostumbrad á vuestros soldados á despreciar las comidas delicadas y los trajes lujosos.

Tales son las máximas generales que me ocurre recordaros. Hubiera podido dar más desarrollo á estas explicaciones hablándoos de los diferentes modos de organizar los ejércitos en la antigüedad, de la manera de vestirlos y de las cosas en que les ejercitaban, y añadir muchos detalles que no he juzgado necesario narrar, porque los sabréis sin que yo os los diga, y porque mi propósito no era explicar la organización de los ejércitos antiguos, sino la manera de tener ahora milicias mucho mejores que las que se usan; por eso no he hablado de las instituciones antiguas más que lo necesario para explicar las que propongo.

Sé que pudiera haber dicho algo más acerca de la

caballería y después hablar de la guerra marítima, porque los que definen la milicia dicen que es un ejercicio de mar y tierra, de á pie y á caballo. Del marítimo nada me atreveré á decir, porque no lo conozco: dejaremos esta misión á genoveses y venecianos que, estudiando y aplicando este género de guerra, han hecho desde pasados tiempos grandes cosas. De la caballería no he de añadir nada á lo dicho, porque es el arma que necesita menos reformas. Además, cuando está bien organizada la infantería, que es el nervio del ejército, por necesidad hay buena caballería. Sólo recordaré á quien organice una milicia de gente de su país que, para tener abundancia de caballos, tome dos determinaciones: una distribuir en sus dominios caballos de buena raza, y acostumar á sus súbditos á la compra de potros, como se hace ahora de ganado vacuno y mular; y otra, para procurar compradores, prohibir tener mulas á los que no tengan caballos, de modo que quien quiera poseer una sola cabalgadura, sea ésta por precisión un caballo, y, además, que nadie pueda usar vestidos de seda sin tener caballo. Creo que estas medidas las ha puesto en práctica un príncipe contemporáneo nuestro, consiguiendo organizar al poco tiempo excelente caballería. En lo demás que á este arma se refiere, me atengo á lo dicho y á lo que hoy se practica.

¿Deseáis saber ahora las cualidades necesarias á un buen general? Pues satisfaré vuestro deseo en breves palabras. No elegiría para este cargo sino al que supiese practicar cuanto he explicado, y aun esto no bastaría, necesitando además inventar recursos oportunos, porque sin inventiva nadie puede llegar á ser grande hombre en su profesión, y si la invención honra en todas las cosas, en el arte militar es honrosísima; tanto, que los escritores celebran hasta inventos de poca monta, como se ve que alaban á Alejandro Magno que, para

levantar el campo rápidamente, no daba la señal con las trompetas, sino poniendo un sombrero sobre una lanza. También se le alaba por haber ordenado á sus soldados que, al atacar el enemigo, arrodillasen la pierna izquierda para contener con mayor seguridad su empuje, y, alcanzada la victoria por este medio, tanto se le elogió, que todas las estatuas elevadas en honor suyo se ponían en esta actitud.

Como ya es tiempo de terminar estas explicaciones, volveré al punto de partida, evitando así la pena que en esta tierra se impone á los que se van y no vuelven.

Recordaréis, Cosme, haberme dicho que siendo yo tan grande admirador de la antigüedad y censurando tan acerbamente á los que en las cosas serias no le imitaban, ignorabais el motivo por qué no lo había hecho yo en cuanto concierne al arte de la guerra, que ha sido siempre mi principal ocupación, á lo cual respondí que cuando los hombres quieren realizar una cosa deben empezar por aprender á hacerla para ejecutarla cuando la ocasión lo permita. Dejo á vuestra consideración, después de lo que me habéis oído sobre esta materia, decidir si soy ó no capaz de reorganizar un ejército á la manera que lo tenían los antiguos; ya habréis conocido lo mucho que he meditado este asunto, y supongo imaginaréis el deseo que tengo de realizarlo. Fácilmente comprenderéis si he tenido medios y ocasión; pero á fin de no dejar duda alguna, y para mi completa justificación, diré cuáles son éstas y cumpliré así mi promesa de demostraros las probabilidades y los obstáculos de dicha reforma en los tiempos actuales.

De todas las instituciones humanas, las militares son las que más se prestan á restablecer las reglas antiguas, pero sólo por príncipes de Estados tan importantes que puedan poner sobre las armas quince ó veinte mil jóvenes. Por otra parte, ninguna reforma es más di-

ficil á los que no pueden reunir tales fuerzas. Para que entendáis mejor mi pensamiento, os diré que los generales llegan por dos caminos á ser famosos: unos han realizado grandes cosas con tropas organizadas y disciplinadas, como la mayoría de los generales romanos, y de otros países que mandaron ejércitos, sin más trabajo que el de mantener la disciplina y guiarlos con acierto; otros, antes de ir contra el enemigo, se han visto precisados á organizar y disciplinar las tropas que habían de llevar á sus órdenes, y éstos son dignos, sin duda, de mayor alabanza que los autores de grandes empresas con ejércitos anteriormente formados y organizados. Entre los que han tenido que formar sus ejércitos pueden citarse Pelópidas, Epaminondas, Tulio Ostilio, Filipo de Macedonia, padre de Alejandro, Cyro, rey de Persia, y el romano Sempronio Graco (1). Todos estos viéronse obligados á formar el ejército antes de combatir con él; todos pudieron organizarlo no sólo por sus excelentes dotes, sino por tener súbditos en número suficiente para ejecutar sus designios. Por grande que fuera su talento y habilidad, jamás hubieran conseguido buen éxito en un país extranjero, lleno de hombres corrompidos, no acostumbrados á ninguna honrada obediencia, ni á nada digno de alabanza.

No basta hoy en Italia saber mandar un ejército organizado; es necesario primero saberlo hacer y después saberlo mandar. Esto sólo es posible á los soberanos de extensos Estados y numerosos súbditos; no á mí, que siempre he mandado y mandaré soldados sometidos á un poder extranjero ó independientes de mi voluntad. Dejo á vuestra consideración si me es posible plantear

(1) Después de la batalla de Canas los romanos reclutaron un ejército de esclavos cuyo mando dieron á Sempronio Graco, quien logró organizarlo, disciplinarlo y vencer con él á Annibal.

las reformas de que os he hablado. ¿Cómo podría obligar á los soldados de hoy á llevar otras armas de las que usan, y además de las armas, víveres para dos ó tres días y las herramientas de zapador? ¿Me sería posible hacerles zapar, ó tenerles durante algunas horas diariamente ocupados en ejercicios y simulacros, necesarios para instruirlos y que sean útiles en la guerra? ¿Cuándo se abstendrían del juego, la lascivia, las blasfemias y la insolencia á que están acostumbrados? ¿Cuándo podría obligarles á tanta disciplina y á tanta obediencia y respeto que un árbol cargado de fruto, en medio de un campamento, lo dejaran como lo encuentran, según se lee que sucedió muchas veces en los ejércitos antiguos? ¿Qué es lo que puedo prometerles? ¿Por qué motivo me han de amar y respetar ó temer cuando, terminada la guerra, nada tienen que ver conmigo? ¿Cómo he de avergonzar á los que han nacido y se han educado sin idea del honor? ¿Por qué me habían de respetar si no me conocen? ¿Por qué dioses ó santos les haría jurar; por los que adoran ó por los que son objeto de sus blasfemias? Yo no sé si adoran á alguno, pero sí sé que blasfeman de todos. ¿Cómo he de creer que cumplan las promesas hechas á los que á todas horas desprecian? ¿Es posible que los que maldicen hasta de Dios respeten á los hombres? En tal estado de cosas, ¿qué reformas saludables pueden plantearse?

Si alegáis que los suizos y los españoles tienen buenos ejércitos, confesaré que, desde hace largo tiempo, son mejores que los italianos; pero, recordando mis doctrinas y su modo de proceder, veréis que les faltan muchas cosas para lograr la perfección de los antiguos. Los suizos han llegado á ser naturalmente buenos soldados por las razones que di al principio de esta conversación, y los españoles lo son por necesidad, pues militando en país extranjero y obligados á vencer ó

morir, por no tener retirada posible, necesariamente han conseguido ser buenos soldados. Pero la superioridad de las tropas de ambos pueblos no llega ni con mucho á la perfección, siendo sólo recomendables por haberse acostumbrado á esperar al enemigo hasta la punta de las picas ó de las espadas, y lo que no saben sería difícil enseñárselo, sobre todo á quien ignora su lengua.

Pero vengamos á los italianos. Gobernados por príncipes ignorantes, no han podido adoptar ninguna buena institución militar, y no obligándoles, como á los españoles, la necesidad, tampoco han sabido organizarse por sí mismos, llegando á ser vituperio del mundo. De esta situación no tienen los pueblos la culpa, sino los príncipes, quienes han sido severamente castigados y sufrido la justa pena que su ignorancia merecía, perdiendo con ignominia sus Estados sin dar la menor muestra de valor. ¿Queréis saber si lo que digo es cierto? Recordad las guerras habidas en Italia desde la venida del rey Carlos VIII de Francia hasta el día. Las guerras suelen hacer á los hombres bravos y famosos, y las nuestras, cuanto mayores y más sangrientas, tanto más han servido para que pierdan la fama el ejército y sus jefes. Esto es forzosa consecuencia de que nuestra organización militar, ni era, ni es buena, y de que nadie ha sabido introducir en ella las reformas modernas. No creáis posible que las tropas italianas adquieran reputación sino por los medios que he propuesto y por la voluntad de los soberanos de los grandes Estados de Italia, porque la nueva organización militar exige que los soldados sean hombres sencillos, rudos y obedientes á vuestras leyes, y no malvados, vagabundos y extranjeros. Ningún buen escultor hará una bella estatua de un trozo de mármol mal esbozado, sino de un pedazo en bruto.

Creían nuestros príncipes italianos, antes de sufrir los golpes de las guerras ultramontanas, que bastaba á una persona de su condición aprender á redactar una hábil respuesta, á escribir una bella carta, ó mostrar en sus discursos agudeza y rápida comprensión, saber preparar una perfidia, adornarse con joyas de oro y piedras preciosas, sobrepujar á los demás en el lujo de la mesa y el lecho, rodearse de gentes viciosas, gobernar á sus súbditos con orgullo y avaricia, vivir entregado al ocio corruptor, conceder por favor los empleos militares, despreciar á quien les diera algún consejo saludable y pretender que sus palabras se tomasen como respuestas de oráculos. No comprendían los desgraciados que se preparaban á ser víctimas del primero que les acometiera. Esta fué la causa del gran espanto, de las repentinas fugas y de las sorprendentes pérdidas que empezaron en 1494 (1). De esta suerte los tres más poderosos Estados que había en Italia han sido repetidas veces saqueados y devastados.

Pero lo más lamentable es que los príncipes que nos quedan viven con el mismo desorden y persisten en iguales errores, sin tener en cuenta que, en la antigüedad, los que querían conservar sus Estados, practicaban y hacían practicar todas las cosas de que me he ocupado en este diálogo, y educaban su cuerpo para resistir las fatigas, y su ánimo para no temer los peligros. Alejandro, César y todos los grandes hombres y famosos príncipes de pasados tiempos, combatían en las primeras filas, caminaban armados á pie y, si perdían sus Estados, era perdiendo también la vida, viviendo y muriendo dignamente. Podrá censurarse en todos ó en algunos de ellos sobrada ambición de dominar, pero no que se entregaran á la molicie ni á cosa alguna de las

(1) Año de la invasión de los franceses con Carlos VIII.

que enervan y degradan á los hombres. Si nuestros príncipes leyeran y creyeran estas cosas, seguramente cambiarían de vida, y sus Estados de fortuna.

Al principio de nuestro diálogo os quejabais de vuestra milicia. Si hubiese sido organizada conforme á las reglas que he explicado, y á pesar de ello no diera resultado satisfactorio, tendríais razón para quejaros; pero no estando ordenada y ejercitada como he dicho, vuestra milicia es la que tiene derecho á quejarse de vosotros, que habéis hecho de ella un mal boceto en vez de una figura perfecta.

Los venecianos y el duque de Ferrara empezaron, pero no continuaron, esta reforma por culpa suya y no de sus soldados. Aseguro que el primer príncipe de Italia que la realice, llegará á ser antes que ningún otro señor de toda esta tierra, siendo su Estado lo que fué Macedonia en el reinado de Filipo, quien aprendió del tebano Epaminondas la manera de organizar los ejércitos y, formando y disciplinando los suyos, mientras Grecia vivía ociosamente ocupada en recitar comedias, llegó á ser tan poderoso, que en pocos años la conquistó completamente, y dejó á su hijo Alejandro el fundamento para dominar todo el mundo. El que desprecia estas ideas, si es príncipe, desprecia su Estado; si ciudadano, su patria.

En cuanto á mí, me quejo del destino, que no debió hacerme saber estas importantes máximas sin darme los medios de realizarlas. Viejo ya, no creo tener ocasión de practicarlas, y por ello os las he explicado ampliamente para que, jóvenes como sois y de elevada posición social, podáis, si os parecen útiles, aprovechar mejores tiempos y el favor de vuestros príncipes para recomendárselas y ayudarles á plantearlas. No temáis ni os desalentéis; esta tierra de Italia parece destinada á resucitar las cosas muertas, como lo ha hecho con la

poesía, la pintura y la escultura. No puedo alimentar, en lo que á mí atañe, tales esperanzas por mi avanzada edad. De haberme dado la fortuna en tiempo oportuno la posición necesaria para realizar tan grande empresa, creo que en brevísimo tiempo hubiera probado al mundo cuánto valen las instituciones antiguas y ensanchado mis dominios gloriosamente ó sucumbido sin deshonra.



